

do, que era el árbitro de la paz y de la guerra, y al que le pertenecía señalar el número de tropas que debían levantarse, y el general que las mandase. Aunque el terreno que ocupaba la república era pequeño, tenía grandes pueblos y numerosas ciudades que contaban, en los momentos en que llegaban los españoles, con más de cincuenta mil casas, y cerca de seiscientos mil habitantes.

1519. Era el 1.º de Setiembre de 1519 cuando los soldados castellanos penetraron por la soberbia muralla que defendía la entrada del territorio tlaxcalteca.

Hernán Cortés, con seis de los más diestros jinetes del corto escuadrón de caballería, marchaba por delante, como á distancia de media legua de la columna, explorando el terreno y reconociendo el país, para obrar con acierto en caso de hallar oposición á su paso.

Por donde quiera que se dirigía la vista, se encontraba la tierra cuidadosamente cultivada, presentando vastos valles, cubiertos de maizales «de que toda la tierra—dice Cortés—estaba casi llena.» Las elevadas cañas de que pendían las doradas mazorcas, estaban manifestando la propiedad que encerraba el nombre de la tierra que el ejército cruzaba, puesto que Tlaxcala significa *tierra de maíz*.

Mientras Hernán Cortés tendía su inteligente mirada por el ancho campo que á sus lados y á su frente se presentaba vestido con las preciosas galas debidas á la benéfica agricultura, la infantería marchaba á paso veloz, prevenida siempre para el combate, sin detenerse, á pesar de la sed que muchos soldados llevaban, á cortar de los gruesos y verdes nopales la jugosa fruta que en Es-

paña conocemos con el nombre de higo chumbo, y que en aquellos países se llama *tuna*.

El camino, aunque pintoresco, era fatigoso, pues iba siempre en elevación progresiva.

Dos soldados de caballería, montados en briosos corceles, iban delante de Cortés y de sus cuatro compañeros. Después de una marcha de cuatro leguas, los dos jinetes que caminaban á la vanguardia, se detuvieron un instante. Treinta indios guerreros, ostentando hermosos penachos de vistosas plumas y armados de espada, lanzas y rodela, se dejaron ver á lo lejos. Era una avanzada de tlaxcaltecas. Los jinetes continuaron su camino con dirección al sitio en que estaban. Los indios, al ver aproximarse á los soldados de caballería, emprendieron la fuga. Cortés, que llegaba en aquellos instantes, les hizo señas para que se aproximasen sin temor; pero viendo que se alejaban, mandó que se les siguiese para apoderarse de algunos de ellos, pero ordenando que no se hiriese ni hiciese mal á nadie. Los indios al ver que les alcanzaban los jinetes, hicieron alto para defenderse, y lejos de manifestar temor por los caballos, «defendiéronse muy bien», como dice Bernal Díaz, descargando terribles golpes sobre sus contrarios. Los españoles trataban solo de hacer algunos prisioneros sin hacerles daño, según las instrucciones de su general; pero pronto se vieron precisados á blandir sus armas seriamente, matando á cinco de los más osados. El resto de los bravos tlaxcaltecas hubiera sido fácilmente destrozado por sus adversarios, si en aquel instante no hubiera volado en su auxilio un cuerpo de cuatro mil indios, que salió de entre los elevados maizales de un valle conti-

guo en que estaban emboscados. Una lluvia de flechas cayó sobre el puñado de jinetes que se vió rodeado por todas partes de enemigos. Cortés, despues de enviar á un soldado de caballería con órden de que la infantería acelerase su marcha, se unió á sus cinco acosados compañeros, emprendiendo una lucha digna de las leyendas de caballería. Era la realizacion de las quiméricas concepciones de los poetas, referidas en las páginas de sus fantásticas obras. Los tlaxcaltecas, despues de lanzar la espantosa lluvia de flechas con que dieron su primera acometida, se arrojaron sobre los seis jinetes, lanzando horribles alaridos, acometiéndolos con sus formidables lanzas y sus pesadas espadas de á dos manos á sus contrarios. En aquellos momentos llegó el resto de la caballería á toda carrera, en favor de sus compañeros. Eran ocho notables jinetes que, acometiéndolos por la espalda á los que rodeaban á Cortés, se abrieron paso, uniéndose entonces á su general. El refuerzo fué de grande importancia. Cortés, dando órden de que se acometiese con las lanzas dirigidas al rostro y no al cuerpo para evitar que se agarrasen de ellas impidiendo el movimiento, entraba y salía, cruzando con su corto escuadron por entre sus enemigos, derribando á unos, hiriendo á otros y atropellando á gran número. Pero nada hacia retroceder á los valientes tlaxcaltecas. Animados por sus bravos capitanes, se esforzaban en arrancar de las manos de los jinetes las lanzas matadoras, y se arrojaban sobre los caballos con asombrosa osadía. Dos de éstos cayeron muertos al terrible golpe de sus formidables montantes, y de otro fué arrojado al suelo uno de los soldados de caballería, que pocos dias despues murió de resultas de sus heridas.

Al ver á Cortés con aquel puñado de caballeros, confiando en Dios y en su valor, luchando con el denuedo de los héroes de la fábula, y á los intrépidos tlaxcaltecas despreciando el brío de los fogosos corceles que veían por la primera vez, tratando de apoderarse de ellos, ajenos al terror que á otros habían inspirado, forcejeando por derribar al jinete, asiéndose de su lanza, no cree uno estar recorriendo los sucesos de una historia moderna, sino que se juzga transportado á los heróicos tiempos de Homero, presenciando los maravillosos combates en que los héroes brillaban por su valor y su destreza en las armas.

Muchos guerreros tlaxcaltecas habían perecido; pero la lucha seguía con igual obstinacion, continuando los indios «peleando con mucho denuedo y ánimo», dice Hernan Cortés.

El combate tenía toda la forma y circunstancias de uno de esos romances maravillosos en que unos cuantos paladines se sostienen contra numerosos escuadrones de contrarios que luchan en vano por vencerles. Pero aunque parecían seres mitológicos, invulnerables á los golpes de sus contrarios, sentían el cansancio de la lucha, y esperaban con ansia la llegada de la infantería. Esta se presentó disparando sus arcabuces y ballestas sobre las masas de guerreros tlaxcaltecas. La detonacion de las armas de fuego, escuchadas por primera vez en aquellos valles, no acobardó, aunque llenó de asombro, á los valerosos indios, que siguieron combatiendo «por buen rato y en buen concierto», dice Bernal Diaz. Sin embargo, viendo los estragos que en sus filas hacían las armas de fuego y el cortante filo de las espadas toledanas, emprendieron la

retirada, dejando á los españoles dueños del campo. Cortés, viendo que la noche se aproximaba y que los soldados se hallaban fatigados por la jornada y el combate, dejó de perseguir á las tropas tlaxcaltecas, satisfecho del éxito alcanzado, y se detuvo un instante para curar los heridos que tuvo en aquel encuentro. Eran cuatro los que habian sufrido los efectos de las cortantes armas tlaxcaltecas, y los cuatro pertenecian al corto escuadron que habia sostenido el combate hasta la llegada de la infantería. Las heridas de uno de ellos eran profundas y graves; las de los otros tres no ofrecian peligro de la vida. La curacion se les hizo con la grasa de uno de los indios muertos en el campo de batalla, á quien se abrió con este objeto, pues no habia aceite ni ninguna otra medicina que aplicar, por carecer de botiquin (1).

El denuedo con que habian combatido los tlaxcaltecas reveló á Cortés que tenia que luchar contra una nacion guerrera que no se intimidaba ante la vista de los briosos corceles que hasta entonces habian sido mirados como de origen celestial. La pérdida de los dos caballos, muertos á los feroces golpes de la terrible macana, fué sumamente sensible para él, pues en la caballería tenia puesta parte de su confianza para el éxito de la gigantesca empresa acometida. Era el número de corceles demasiado reducido y mucha la importancia de ellos, para que no lamentase la falta de los dos que habia perdido. Cortés mandó

(1) «Y con el unto de un indio gordo que allí matamos, que se abrió, se curaron los heridos; que aceite no lo habia.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

enterrarlos allí mismo para evitar que los indios perdiesen el terror que les tenian.

Hecha la curacion de los soldados heridos, se continuó la marcha con las mismas precauciones acostumbradas, marchando de descubierta cuatro soldados de caballería. Al salir á un campo sembrado de productivos magueyales y de extensas heredades donde se daba en abundancia el maíz y el pimiento llamado chile, se presentaron á Cortés dos de los nobles cempoaltecas que habia enviado con la embajada al senado de la república. Iban con ellos cuatro mensajeros tlaxcaltecas, encargados de desempeñar la comision que les habia encomendado su gobierno. Los embajadores de la república cumplimentaron al jefe español de parte del senado, y se manifestaron pesarosos de que hubiesen sido atacados los españoles cuando todo estaba dispuesto para recibirles como á verdaderos amigos. Dijeron que el ataque dado habia sido sin autorizacion del gobierno, de parte del cual se presentaban ellos, como celosos servidores, á invitarle que pasase con sus tropas á la capital, donde seria atendido y obsequiado; que los dos caballos que habia tenido la desgracia de perder serian pagados por el senado, y que todo lo que necesitase para el camino se le facilitaria inmediatamente. Cortés, aunque dudaba de la sinceridad de los ofrecimientos y creia que habia mas doblez que buena fé en los gobernantes de la república, recibió las manifestaciones de los enviados con demostraciones de gratitud, y les contestó que, admitiendo la buena disposicion del senado, de quien era amigo, pasaria á la capital.

El sol iba ya desapareciendo en el ocaso, cuando el

ejército llegó á un pintoresco llano, distante una legua del sitio del combate, donde á las márgenes de un límpido arroyo se levantaban algunas humildes chozas que habian sido abandonadas por sus habitantes al acercarse los españoles. Todo el campo próximo estaba cubierto de magueyales y maizales, que eran los dos ramos mas estimados de la agricultura del país, pues proporcionaban el vino y el pan de la poblacion entera.

Hernan Cortés, comprendiendo que era indispensable dar reposo á la tropa, hizo alto junto á la orilla del riachuelo para pernoctar en aquel sitio. Cuidadoso de un golpe de mano, colocó centinelas y escuchas en los puntos mas convenientes; envió rondas y corredores de campo á sitios avanzados, donde se iban relevando las guardias, y á los soldados que les tocaba descansar, se les veia vestidos y sin despojarse de las armas, á fin de estar prontos para el combate.

Nada habian dejado los vecinos del pueblo en sus habitaciones. Ninguna clase de alimentos encontró el ejército para mitigar el hambre que llevaba. Lo único que lograron alcanzar fué algunos animalitos domésticos, semejantes á diminutos perros, que los expedicionarios llamaban perrillos, que todos los indios tenian en sus casas. Los soldados se apoderaron de aquellos animalitos, los mataron sin preocuparse del sabor que tendrían, los condimentaron de la manera que pudieron, y los tomaron como un exquisito bocado en aquella extrema necesidad (1). Nada

(1) «Y aunque los perrillos llevaban consigo, por la noche se volvian á su casa, y allí los apañábamos, que era harto buen mantenimiento.»—Bernal Diaz del Castillo.

parece mal al paladar ni repugna al estómago, cuando el hambre ejerce su terrible imperio sobre la criatura.

Satisfecha, en parte, la primera necesidad de la vida, los soldados se entregaron al reposo, para continuar al siguiente dia su camino.

El campamento quedó desde aquel instante en el mayor silencio.

Los centinelas, colocados en los puntos avanzados, permanecian mudos, con la vista fija hácia la campiña por donde pudiera presentarse el enemigo.

Los pocos soldados de caballería, calzada la espuela y armados del todo, dormian junto á los caballos, que estaban con las sillas y las riendas puestas.

A la menor señal, el ejército se encontraria en orden para combatir.

Hernan Cortés, reposando unos instantes y saliendo otros de la cabaña en que se habia alojado para ver si ocurría alguna novedad, esperaba con impaciencia la luz del nuevo dia, lleno de fé en el buen resultado de su atrevida empresa.